

CAPÍTULO VII

FIN DEL REINO DE LOS OSTROGODOS.

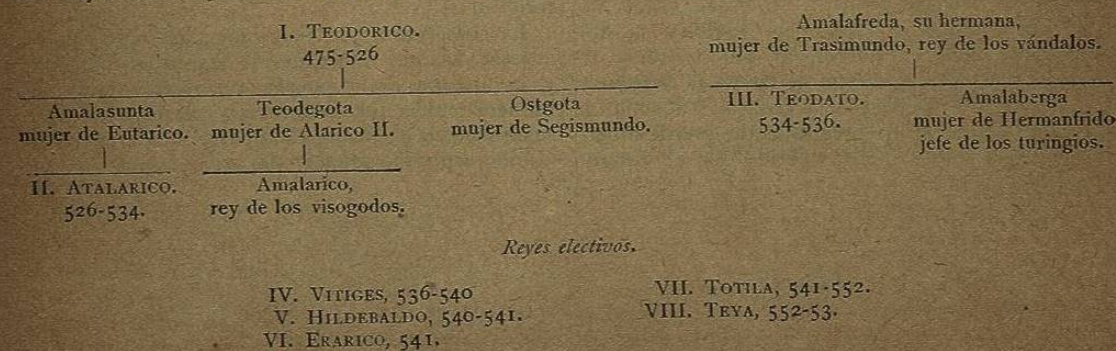
Eutarico.—No teniendo Teodorico hijos varones en quienes continuase la estirpe de los Amalos, llamó de España á Eutarico Cilica, unico vástago de aquella. Casóle con su hija Amalasueta, le hizo adoptar por la fuerza de las armas por el emperador Justino y le ofreció á las aclamaciones del pueblo en medio de espectáculos suntuosos en el circo, cacerías y justas (1).

Pero el heredero designado murió antes que Teodorico; el cual aseguró el reino de los visigodos de España á su nieto Amalarico, y trasmirió el de Italia á Atalarico, hijo de Amalasueta. Comprendía este al mediodía la Italia y la Sicilia, esceptuando el Lilibeo; separábase al norte el Danubio, desde Ratisbona á Nicópolis, de los turingios, de los cescos de Bohemia, de los longobardos de Hungría, de los gépidos de la Dacia, y el curso del Lech, el lago de Constanza y la

frontera de la antigua Helvecia, eran sus confines por el noroeste. Allí, en la antigua Vindelicia, había reunido Teodorico muchos alemanes; los boyos, los hérulos, los rugios y los suevos, con el nombre de bávaros, residían entre el Lech y el Ems, gobernados por duques dependientes de aquel príncipe, el cual poseía también en la Galia la Provenza, al mediodía del Durenza. Parecía, pues, que la dominación goda había de prevalecer sobre todas las de los bárbaros, y, como decía el hermano de Alarico, reemplazar al imperio romano: sin embargo, en breve todo vino á tierra.

Amalasueta.—Amalasueta, dotada de extremada hermosura, instruida sin ostentación, poseyendo además de su idioma el latín y el griego, fiel á sus compromisos, tomó como regente la dirección de los negocios con el deseo de seguir las huellas de su padre y de reparar sus errores. Después de

(1) Para inteligencia de lo que sigue, damos aquí la genealogía de los príncipes ostrogodos, distinguiendo con letras mayúsculas los que reinaron en Italia.



haber notificado sus derechos al emperador, como á supremo jefe (2), mandó que se erigiera á Teodorico un magnífico mausoleo en Rávena, y prometió al Senado acceder á cuanto solicitara; pero más admiradora de la civilización antigua que de la sencillez de su nación, pretendió cambiar los usos de los godos, para hacer que desapareciera toda distinción entre ellos y los romanos. Tres ministros que quisieron oponerse á este despotismo femenino, fueron sentenciados á muerte.

Ponia también empeño en que educaran á su hijo ministros romanos, viviendo en medio de gentes de letras ó de cultivado talento. Pero los godos, descontentos ya de su predilección á los romanos, decían entre sí: «¿Cómo ha de ser valiente en el campo de batalla, si ha aprendido á temblar bajo la férula de un pedagogo?» Temiendo, pues, las innovaciones que preveían, se sublevaron amenazadores y arrebataron del poder de la madre al rey futuro. Libre éste del yugo maternal, se entregó sin freno á los ejercicios corporales, y gastó su mocedad en desórdenes prematuros, que le arrastraron al sepulcro después de ocho años de reinado (534).

Teodato.—No permitiendo las costumbres nacionales que ejercieran las mujeres la autoridad suprema, Amalasueta hizo que se revistiera con ella á Teodato, su primo, en quien el estudio de las letras no había disminuido en nada la pusilanimidad y la avaricia. Propietario de gran parte de la Toscana, había procurado asegurársela toda entera espulsando á los propietarios circunvecinos: una vez ascendido al trono se hizo despreciable á godos y romanos, considerándole impotente para poner término á las discordias de los unos y á granjearse el afecto de los otros.

No manifestó gratitud ni respeto hacia su bienhechora, que indignada de su conducta reunió en Durazo cuarenta mil libras de oro, con intención de ir á Bizancio en busca del reposo ó de la venganza; pero anticipándose Teodato, la encerró en la isla del lago de Bolsena y la condenó á muerte.

Espedición de Belisario.—Justiniano, que acechaba una ocasión oportuna para recuperar la Italia, y se sentía escitado por los habitantes que aguantaban con horror el yugo bajo que les tenían príncipes bárbaros y herejes, se presentó entonces como vengador de Amalasueta, y envió contra los godos á Belisario, vencedor de los vándalos.

Consistía la política bizantina en oponer á los godos civilizados los godos bárbaros, y en defender con los moros, con los eslavos y con los hunos el imperio que amenazaban sus compatriotas. Desembarcó, pues, Belisario en Sicilia con dos

cientos hunos, trescientos moros, cuatro mil ginetes confederados, un cuerpo de infantería de tres mil isaurios, y además un escuadrón de sus guardias de á caballo: hubiera sido bien poco contra doscientos mil ostrogodos armados, si estos no hubieran tenido que velar sobre el país todo, intranquilo, ó á lo menos descontento. Habiéndose hecho este valeroso capitán fácilmente dueño de la isla, obtuvo de Ebermor, yerno de Teodato, que le entregara Reggio (535) y así sentó su planta en Italia.

Teodato aterrado, en vez de defenderse, pensaba en entrar en convenios con el vencedor; y habiéndole dicho Pedro, embajador de Constantinopla, que así quitaría á Justiniano todo pretexto de hostilizarle, le respondió: «Tú eres filósofo, tú estudias á Platon, y te harías caso de conciencia degollar hombres á causa de la guerra; pero Justiniano, que quiere obrar como emperador magnánimo, no halla obstáculo que le convenga en su pretensión de recuperar con las armas las antiguas regiones del imperio.» Luego concluyó diciendo: «Si no puedo conservar el reino sin guerra, haré renuncia. ¿A qué perder uno su dulce tranquilidad por la gloria de reinar tan difícil y peligrosa? Con tal de que yo posea dominios que redituen 1,200 libras de oro, tome para sí los godos y la Italia (3).»

En el momento en que se negociaba el tratado, fué derrotado y muerto por los godos Mundo, que iba con un ejército hacia la Dalmacia. Cobrando entonces brío Teodato, no quiso ya oír hablar de pacto alguno. No tardaron en humillar su soberbia los rápidos triunfos de Belisario. Este general se apoderó de Nápoles, y vió entregada la ciudad por sus soldados á una horrosa matanza, gritándoles en vano: «Vuestros son el oro y la plata, pero perdonad á los habitantes que son cristianos é imploran perdón.»

Vitiges.—Viendo los godos que Teodato se mantenía indolentemente lejos del peligro, le depusieron como indigno de ser monarca, y alzaron sobre el pavés á Vitiges, guerrero afamado por su denuedo, quien para enlazarse con algún vínculo á la familia de los Amalos, se casó con Matasvinta, hermana de Atalarico. A la par que se ocupa en reanimar el valor de los godos y en renovar las hazañas de su nación, es recibido Belisario en Roma, la cual deja estallar sus transportes de júbilo, viéndose libre al cabo de sesenta años de los bárbaros y de los arrianos. Queda edificada de la devoción que manifiesta Belisario á las reliquias de los santos y á los gloriosos recuerdos; y saluda la emancipación de la patria, vocablo que las más veces solo ha significado en Italia un cambio de servidumbre.

Entre tanto, ciento cincuenta mil godos se habían agrupado entorno de Vitiges y llegan á poner asedio á Roma. No tenía el general griego más que

(2) *Omnia regno nostro perfecte constare credimus, si gratiam vestram nobis minime deesse sentimus... Claudantur odia cum sepultis... Illud est mihi supra dominatum, tantum ac talem habere rectorem propitium... Sit vobis regnum nostrum gratie vinculis obligatum.* Var. VIII, 8.

(3) PROCOPIO, *De bello goth.*, I. 6.

cinco mil hombres; mas suplen por el número su infatigable actividad y el celo de los ciudadanos. Conviértese en fortaleza el mausoleo de Adriano, y desde lo alto de sus murallas disparan los sitiados sobre los sitiadores los preciosos frisos, las cornisas admiradas, las estatuas de Lisipo y de Praxiteles. ¡Perezca el arte, pero sálvese la patria!

Belisario y Vitiges son héroes dotados de generosidad y de valentia; pero el uno carece de dinero y de soldados, y está solamente sostenido por los estériles votos de los italianos: inquietado el otro, por estos vé consumirse el ejército y desmoronarse su reino, sin que por eso se dome su bravura. Temiendo Belisario que el hambre induzca á los romanos á rendirse á Vitiges, depone al papa Silverio, de quien sospecha se halle al frente de una trama con este objeto, y le confina á Oriente, dándole por sucesor á Vigilio. Este, mediante 200 libras de oro, se habia ganado el valimiento de Antonina, que (como hemos dicho antes) dominaba á su marido Belisario y era dominada por Teodora, mujer y árbitra de Justiniano.

Algunos refuerzos que llegan de Grecia reaniman el valor de los veteranos. Dacio, obispo de Milan, primera ciudad de Occidente por su estension, su poblacion y su riqueza, llega á Roma con muchos nobles (4), diciendo: «Si nos suministrais algunas tropas, espulsaremos á los godos de la Liguria.» Vitiges, estenuado por los trabajos, los malos aires y las batallas, se vé obligado á levantar el sitio de Roma, si bien va á sitiar á Rimini: envia á Cosroes la solicitud de que ataque al imperio en Oriente, y á los francos de que traspongan los Alpes. Efectivamente, diez mil borgoñones (538) sin esperar las ordenes de su rey Teodeberto, llegan á incorporarse á las tropas de Uraya, sobrino de Vitiges, quien se apodera de Milan, después de un obstinado asedio y la destruye (5).

Infundieron la victoria y el pillage en el corazón del rey de Austrasia, Teodeberto, el deseo de tomar parte en aquella empresa; y al año siguiente bajó de los Alpes con cien mil hombres, de los cuales unos iban montados y armados con lanzas, y otros á pié con escudo y la terrible francisca. Observaban con ansiedad los romanos y los godos por qué parte dirigirian sus armas, mas él las dirigió contra unos y otros. Atacando primero á los godos, hizo tal carnicería en ellos, que con gran trabajo pudieron libertarse atravesando el campo de los romanos: después, cuando estos creían que les fuese favorable el jefe franco, cae tambien sobre ellos obligándoles á refugiarse en la Toscana. Devastó la Liguria, arruinó á Génova, inmolando á sus dioses mujeres y niños, hasta que forzado por el hambre, trató con ellos y se retiró. Justiniano

(4) ἄνδρες δόξισι PROCOPIO, II, 7.

(5) Procopio supone que allí murieron trescientos mil hombres, μισπόμενους τριπύοντα. Esto es una exageración ó un error del copista.

no se alabó de esta retirada como si fuese de una victoria. Para castigarle, Teodeberto ayudó á los godos amenazando sitiar á Constantinopla con quinientos mil guerreros; pero fué muerto por un toro silvestre en una cacería.

Repuso Belisario la fortuna de los orientales, y arrojó á los godos de las diferentes plazas fuertes que ocupaban. Encerrado Vitiges en Ravena, comisionó para negociar con Justiniano, quien le concedia una parte del territorio como tributario. Pero indignado Belisario, al ver que le arrancaban una victoria segura, se negó á reconocer el tratado, declarando que queria llevar prisionero á Vitiges á Constantinopla. Ocurriéndoseles entonces á los jefes godos un medio singular de salvacion, ofrecieron la corona á Belisario, y como manifestase que aceptaria, le abrieron las puertas. «Cuando vi, dice Procopio, entrar el ejército en Ravena, me convencí de que el éxito favorable en las empresas no depende ni del valor, ni de la fuerza, ni del número, sino de la mano de Dios que dispone de todo, segun su voluntad, sin que ningun obstáculo la detenga. Los godos eran superiores á los romanos en número y valor; no se verificó ningun combate después que se abrieron las puertas de la ciudad; nada tenían á la vista que les infundiera terror; y, sin embargo, doblaron la cerviz ante un puñado de soldados, sin creerlo infame. Las mujeres habian oido encarecer el vigor de los romanos: cuando vieron lo que eran, fueron á escupir en el rostro de sus maridos, echándoles en cara la cobardía de haberlas tenido encerradas en sus casas y hecho subditas de tan despreciables enemigos.» Sometiéronse la totalidad de los godos á Belisario, quien no aceptó la corona, ya fuese por lealtad, ya porque reconociese la imposibilidad de conservarla en medio de una nacion ya decrepita, sin vida y sin unidad.

No por esto dejó la envidia de asestarle sus tiros. Encontrábase ya el eunuco Narsés investido con la suficiente autoridad para poder poner trabas al curso de sus hazañas, ó disminuir su mérito, cuando se le mandó abandonar la Italia, donde era ya inútil su presencia, para que volviese á Constantinopla, donde el emperador deseaba consultarle con motivo de la guerra contra la Persia.

Adorado Belisario del ejército y estimado por los vencidos, hubiera podido, al frente de un cuerpo de siete mil valientes que mantenía á su costa, nervio principal de esta guerra, responder con una negativa y sostenerla; pero incapaz de desobedecer y de concebir cólera contra su señor, emprendió su marcha apresuradamente con los despojos que atestiguaban su valor, llevando prisionero al sucesor de Teodorico (540), como habia conducido al de Genserico. Vitiges fué retenido en una cortés esclavitud en Constantinopla, y la flor de los jóvenes godos pasó al servicio del emperador.

Hildebaldo.—Habianse retirado, no obstante, los restos de la nacion que habian quedado en Italia, allende el Pó, reconcentrándose sobre Pavia, á las

ordenes de Uraya, quien les aconsejó eligiesen por rey á Hildebaldo. Era un valeroso guerrero pariente del rey visogodo de España; pero celosa su mujer de la belleza de la de Uraya y de los honores que se le tributaban, incitó á su marido á que asesinara á este valiente jefe. Esto causó á los godos vivo disgusto; y el gépido Vila, guardia del rey, en un convite le cortó de un golpe la cabeza.

Totila.—Los rugios que habian bajado con los godos á Italia, quisieron entonces elegir á Erarico; pero fué muerto poco después por los godos, que le substituyeron con Totila Baduila, sobrino de Hildebaldo (541) que estaba dispuesto á hacer los postreros esfuerzos para restaurar la nacion goda.

Los once generales que Belisario habia dejado para gobernar el pais, operando aisladamente, no habian sabido destruir al enemigo. Reunió, pues, Totila sus fuerzas, y consiguió sobre ellos cerca de Fayenza una señalada victoria. Cuando después les hubo encerrado en las plazas donde mandaban, animado con su feliz éxito se atrevió á bloquear á Nápoles, y la tomó y trató de una manera propia de tiempos civilizados (pág. 89). Dejó á los romanos que encontró en la ciudad, la libertad de retirarse donde quisiesen, y les hizo escoltar por los godos, proporcionándoles víveres y acémilas. Cuando hubo sometido toda la Italia meridional, se replegó sobre Roma, acampando en las deliciosas colinas de Tivoli.

No menos firme que humano, tan hábil en la política como en el arte de los sitios y de las batallas, moderado en su conducta, exhortaba á los italianos á unirsele, recordándoles quanto habian sufrido durante los tres años de la dominacion griega. Un emperador católico les habia arrebatado al papa para dejarle morir en una isla desierta; empleábanse once tiranos á porfia unos de otros en deshonorar ó destruir las ciudades; el escriba Alejandro, ministro del fisco, cuya habilidad en cercenar las monedas habia hecho apellidar *Psallition* (tijeras), no pensaba sino en despojar á los italianos. Prometiales, por el contrario, Totila el perdón y la tranquilidad diciéndoles que prosiguieran en sus productivos trabajos, pues él los defendería con las armas. Atrajo de esta manera á sus banderas gran número de prisioneros, de desertores y de esclavos fugitivos: hacia respetar la virtud de las mujeres, y dió libertad sin rescate á las de los senadores que habian sido cogidas en la Campania. Manteniendo entre sus tropas una rigurosa disciplina, como el medio más seguro de vencer, recobraba las plazas unas después de otras, desmantelándolas luego para evitarse sitios en el porvenir.

Segunda expedicion de Belisario.—Encontró oportuno la corte de Bizancio enviar contra él á Belisario, que expiaba en la servidumbre doméstica y civil la gloria de que se habia cubierto en las orillas del Eufrates. Llamado de Italia por las intrigas de su mujer, fué enviado allí de nuevo, bajo condicion de que el armamento se haria á su cos-

ta: ¡tantas eran las riquezas que habia acumulado! Obedeció y arribó con una escuadra al puerto de Ravena, desde donde tambien prodigó, en nombre del emperador, las invitaciones y promesas, pero sin conmover á los godos ni á los italianos. Entonces escribió á Justiniano: «He llegado á Italia sin soldados, caballos, armas ni dinero; ¿cómo emprender la guerra sin todo esto? He recorrido la Tracia y la Iliria para hacer levás, pero no he podido reclutar más que un escaso número de hombres desprovistos de armas, de valor y de experiencia. Los que aquí he encontrado no hacen más que quejarse: temen á un enemigo que les ha humillado con frecuencia, y para evitar compromisos abandonan armas y caballos. No puedo sacar dinero de Italia, donde dominan los godos, ni tengo autoridad sobre las tropas porque no las pago. Si basta que Belisario venga á Italia, ya estoy en su territorio; pero si quieres vencer, se necesita otra cosa, en atencion á que no hay general sin ejército; envíame, pues, mis lanceros y mis soldados (6) con muchos hunos y otros bárbaros; pero muy particularmente dinero.»

Se hizo muy poco caso de sus demandas, y no pudo estorbar á Totila que asediara la antigua capital del imperio, cortando sus acueductos, magnificencia de la antigua y moderna Roma. Sin duda entonces fué cuando se rompieron los del Agua Virgen, que todavia dominan soberbiamente la desierta campiña por el lado de Frascati. Bessa, que defendia á Roma con denuedo, la hacia padecer cruelmente por su avaricia, especulando con el hambre del pueblo. Tan horrorosa se hizo la escasez, que rodeándose un padre de sus cinco hijos, que le pedian pan, se encaminó hácia el Tiber y se arrojó allí con ellos en una desesperacion silenciosa que tuvo imitadores.

Belisario desembarcó allí y acampó junto al Pincio; pero, á pesar de cuanta habilidad y valor pudo desplegar, no pudo impedir que Roma fuera tomada á sus ojos. Sin embargo, las súplicas del clero y la clemencia de Totila salvaron á sus habitantes de la matanza y de la deshonra. Rusticiana, hija de Simaco y viuda de Boecio, habia gastado quanto poseia en aliviar los males causados por el asedio: informados los godos de que habia inducido á sus conciudadanos á derribar las estatuas de Teodorico, la hubieran ultrajado, si Totila no hubiera sabido respetar su virtud y tener lástima del sentimiento que le habia impulsado á la venganza. Perdonó igualmente á los senadores, si bien hizo demoler la tercera parte de las murallas de Roma, y se disponia á entregar á las llamas los monumentos de la antigua magnificencia, cuando Belisario le escribió haciéndole presente que se cubria de eterno oprobio, destruyendo aquellas glorias inofensivas. Decidióse, pues, á

(6) Probablemente los siete mil hombres de su guardia particular.

respetarlas, aunque se llevó en rehenes los senadores, espulsó á los ciudadanos y dejó como un cadáver á la reina del mundo (547). Apenas había salido de su recinto cuando Belisario se apoderó de ella con un puñado de gente; fortificó lo mejor que pudo su vasto circuito en que apenas andaban errantes quinientos moradores; y cuando volvió Totila, veinte y cinco dias despues, le rechazó tres veces: hasta le hubiera derrotado á no intervenir la política de Constantinopla, que agitaban á su albedrio las intrigas del palacio, las disputas teológicas y las rivalidades del circo.

Tenian razon los italianos en decir del primer sitio de Roma: «Si el emperador quiere salvarnos, ¿porqué no envia suficientes tropas?» Pero los esfuerzos que llegaban de los griegos eran de trescientos, de ochenta hombres; y Belisario, uno de los más insignes generales que había existido en mucho tiempo, nunca se halló á la cabeza de más de ocho mil hombres, aventureros de todos los países, que prestaban obediencia á caudillos rivales é independientes. De consiguiente, su sabio valor se consumía en una guerra lenta y sin acciones decisivas. Además, para proporcionarse dinero se veía obligado á vejear á las poblaciones hasta arrastrarlas á la rebeldía. Viendo, pues, marchitarse sus laureles por agena culpa y cansado de oír vibrar en sus oídos insolentes retos sin poder contestar á ellos, pidió y obtuvo su relevo.

Totila recobró las plazas que había perdido y entró nuevamente en Roma (549): siendo su intención establecer allí la sede del reino godo, hizo tornar á los senadores, la abasteció de viveres y celebró los juegos, que eran la delicia del pueblo, aun en medio de tantos desastres. Estendió su autoridad hasta el Danubio, y á lo largo de sus orillas puso en buen estado de defensa los fuertes levantados contra los gépidos y contra los longobardos. Por él fué despojada la Sicilia de los más preciosos metales, de granos y de bestias. Fueron avasalladas la Córcega y la Cerdeña: y con una escuadra de trescientas galeras insultó las costas de la Grecia, desembarcó en Corfú y se adelantó hasta la ya muda Dodona.

Narsés.—Totila en medio de sus victorias continuaba ofreciendo la paz á Justiniano; pero lejos de aceptarla éste, envió al eunuco Narsés que guiara una expedición en contra suya. Educado en manejar el huso y en las costumbres del gineceo, había conservado una alma enérgica en un cuerpo endeble, y aprendido dentro de palacio el arte de la persuasion y del fingimiento. Así, cuando le fué dado acercarse al oído de Justiniano, sorprendió á este príncipe con sus ideas varoniles. Empleado en embajadas y luego en la guerra, hasta el punto de parecer digno de rivalizar con Belisario, supo inspirar terror al enemigo y respeto á los suyos, hasta tal punto, que rodeado uno de sus capitanes por un cuerpo de francos, se negó á la fuga diciendo: «Menos temible es la muerte que el aspecto de Narsés irritado.»

Narsés rehusó emprender dar libertad á Italia, si no le proporcionaban fuerzas capaces de salvar la dignidad del imperio. Bien provisto de dinero, que es el alma de todas las guerras, conservó los antiguos soldados y reclutó otros nuevos. Suministraronle socorros los longobardos, que llegaron entonces á hacer una primera tentativa en Italia, los hérulos, los hunos, los eslavos y otros bárbaros (552), y secundado también por los francos que ocupaban la Liguria y Venecia, marchó sobre Rávena. Conociendo que aquel esfuerzo por parte del imperio, como también la union entre sus auxiliares podía prolongarse poco, se apresuró á aventurar una batalla decisiva. Tuvo lugar en Tagina (*Lentagio*) cerca de Nocera. Totila se presentó en el campo del combate vestido con las espléndidas armas que atraen á los ánimos toscos y fieros y haciendo tremolar su bandera de color de púrpura. Después de haber recorrido las filas al galope, se puso á blandir una lanza que cogía con la mano derecha y pasaba á la izquierda, se tumbaba hacia atrás y luego se volvía á colocar bien en la silla, manejando de mil modos distintos á un jadeante potro. Presentóse de nuevo vestido como simple soldado y peleó como un héroe; pero herido de muerte no pudo impedir que los suyos fueran puestos en completa derrota. Justiniano se alegró recibiendo el casco engastado en pedrería y la sangrienta vestidura del rey de los godos; y Narsés, después de haber licenciado á los longobardos auxiliares, peores que enemigos, pasó á la Toscana y ocupó á Roma, que tomada por la quinta vez en esta guerra (7), llegó al colmo de la desolacion. La matanza de los senadores borró hasta la imagen de aquella asamblea, en la cual reyes extranjeros habían creído ver un consejo de los dioses.

Teya.—No desesperando todavía los godos de su fortuna, eligieron por rey á Teya, quien prodigó oro para comprar la alianza de los francos, bajó por la Italia, matando sin piedad á todos los romanos á quienes encontraba y se defendió dos meses cerca de Cumas. Abandonado de su escuadra, se lanzó sobre el enemigo con los más valientes de los suyos, decididos como él á vender á muy caro precio su vida, y peleó un dia entero, cambiando de escudo cuando el suyo estaba acribillado de javelinas: en el momento en que se descubria para tomar otro fué traspasado (553), y con él acabó el reino de los ostrogodos. Todavía se defendieron los restos de la nacion durante más de un año en Pavia, Luca y Cumas: algunos de ellos se trasladaron después á Oriente, otros volvieron á pasar los Alpes, donde, trocando la cuchilla por la azada, se confundieron en Italia con los vencidos.

Invasiones de los bárbaros.—Aquella comarca, que no se puede nunca denominar bella sin el épi-

(7) En 536 y en 547 por Belisario, en 546 y en 549 por Totila, en 552 por Narsés.

teto de desventurada, talada por los bárbaros y por los pueblos cultos, por sus opresores y por sus libertadores, tuvo que sufrir bien pronto una dominacion nueva, sin tener un instante de reposo ni aun en la servidumbre. Aun no se había concluido esta guerra, y ya pesaba sobre aquel país un nuevo azote. Teodebaldo, sobrino de Clodoveo, rey de los francos orientales, había sido vanamente requerido por Teya para que le prestara socorro; pero dos duques hermanos, el avariento Leutario y el ambicioso Bucelino, emprendieron esta expedición por su propia cuenta. Bajaron al territorio de Milan con setenta y cinco mil alemanes (553), y ganaron el Samnio, talándolo todo á su tránsito: allí se separaron, y Bucelino fué á devastar la Campania, la Lucania y el Abruzo: Leutario la Apulia y la Calabria. Lo que perdonaban los francos católicos era reducido á ruinas por los alemanes idólatras, que ofrecían cabezas de caballos á sus divinidades (8).

La intemperancia y las enfermedades mermaron sus filas más que las pérdidas de la guerra, y al asomar la primavera Narsés pudo derrotar á Bucelino cerca de Casilino (554), á la par que Leutario y los suyos perecían junto al lago de Benaco, poseidos de medroso furor, lo cual fué atribuido á sus ultrajes respecto de las cosas sagradas.

Los godos pudieron decir á Belisario: «No hemos introducido ningun cambio en el gobierno de los emperadores. Hemos dejado á los romanos sus leyes, sus magistrados, su religion.» Pero los italianos tenían horror á los débiles sucesores de Teodorico, que no sabían mantener la paz ni hacerse temibles en la guerra, y que se hacían cada dia más odiosos con las disensiones religiosas y con mezclarse en la eleccion de los pontífices. Puede calcularse á qué grado de miseria hubieron de reducir á Italia diez y ocho años de una guerra lenta entre hordas que, no viviendo más que de rapiñas, eran tan funestas á sus amigos como á sus enemigos. Durante la cuarta campaña murieron de hambre cincuenta mil aldeanos en el Piceno: todavía fué peor en las provincias meridionales, donde la bellota se consideraba como golosina. Procopio vió á una cabra acercar sus tetas á un niño desamparado, y cuenta que dos mujeres en los alrededores de Rimini daban hospedaje á los viajeros para matarlos y comérselos; exageracion que permite, no obstante, calcular la verdad. Una terrible peste fué la consecuencia de tantos males (9), y en aquella inmensa despoblacion faltaba

(8) AGATIAS.

(9) Procopio dice (*Anecd.*) que perecieron en Africa tres millones de personas, y á proporcion en Italia el triple que en aquella; pero exagera como de costumbre para probar cuán desastroso fué el reinado de Justiniano. Hizo grandes estragos la peste en 566, especialmente en la Liguria y en Roma, hasta el punto de no hallarse segadores ni vendimiadores. En 571 pereció una porción de rebaños,

hasta el resarcimiento de los bárbaros que se habían quedado en el país. Roma vino á ser inferior á Rávena; y según dice Agatias, la crápula de los soldados, que en su delirio solo pensaban en trocar sus cascos y escudos por cítaras y vino, insultaba allí los gemidos del pueblo. En estas escuelas aprendía la Italia á conocer lo que son las emancipaciones operadas por el extranjero, y se acostumbraba á obedecer al uno ó al otro al capricho de la fuerza.

Gobierno de los griegos.—Habiendo sido dividido el imperio en diez y ocho exarcados después de Justiniano, la Italia formó uno, cuya capital fué Rávena. Narsés le gobernó por espacio de quince años, desde los Alpes á la Calabria, y procuró restablecer allí algun poco de orden y reanir las ciudades despobladas. El papa Silverio reconstruyó á Nápoles, donde congregó á los habitantes de las aldeas incendiadas en los alrededores.

A instancias de Vigilio, venerable obispo de la antigua Roma, promulgó Justiniano (15 agosto de 554) una pragmática sancion para los occidentales, en veinte y siete artículos (10), por la cual confirmó los actos emanados de Teodorico y de su sobrino, anulando aquellos que habían sido arrancados por la fuerza ó por el temor bajo la usurpacion de Totila. Introdujo en las escuelas y en los tribunales su jurisprudencia, señaló pensiones á los legistas, médicos, oradores, gramáticos, restos de la Academia de Roma, y dejó al papa y al Senado (voz vacia de sentido) el cuidado de regular los pesos y las medidas. La jurisdiccion civil quedó separada de la jurisdiccion militar contra el uso de los bárbaros, y el juez civil fué el único competente, salvo en los litigios entre gentes de guerra (11). En las varias ciudades fueron puestos

y multitud de personas murieron de viruelas y de disenteria. Bajo el reinado de Autaris se unió á una inundacion otra epidemia. Pablo Warnefrido (ó Diácono) apunta casi cada año una epidemia, langosta, una sequia, huracanes, etcétera.

(10) Se halla al fin de las novelas y de los edictos, en el *Corpus juris civilis*. Allí se dice: *Jura insuper vel leges codicibus nostris insertas, quas jam sub edictali programma te in Italiam dudum misimus, obtinere sancimus, sed et eas quas postea promulgavimus constitutiones, jubemus sub edictali propositione vulgari, ex eo tempore quo sub edictali programma evulgata fuerint, etiam per partes Italia obtinere, ut una, Deo volente, facta republica, legum etiam nostrarum ubique prelatetur auctoritas.*

Annonam etiam, quam et Theodoricus dare solitus erat, et nos etiam Romanis indulsumus, in posterum etiam dari precipimus, sicut etiam annonas que grammaticis ac oratoribus vel etiam medicis, vel juris peritis antea dari solitum erat, et in posterum suam professionem scilicet exercentibus erigere precipimus, quatenus juvenes liberalibus studiis eruditi per nostram rempublicam floreat.

(11) *Lites inter ános procedentes Romanos, vel ubi romana persona pulsatur, per civiles judices exercere jubemus cum talibus negotiis vel causis judices militares immiscere se ordo non patiatur.* Cap. 23.

condes, no solo superiores á los soldados, sino tambien á todo el municipio, y que juzgaban en primera instancia, llevándose las apelaciones á Constantinopla (12). Cada duque tenia bajo sus órdenes al maestro de los soldados, quien le sustituia, si lo requeria el caso, y á quien obedecian los tribunos ó patronos, presidentes de las escuelas de artes, y jueces de las disputas que se suscitaban entre los miembros de la corporacion. Reunidas las escuelas componian el ejército: todo lo que de él no formaba parte era pueblo.

Los duumvros y los cuatuorvros fueron reemplazados por los *dativos*, encargados de administrar la justicia civil: los decuriones, por los cónsules. De esta suerte se halló conservada y hasta robustecida la organizacion de los municipios, que no tardaron en hacerse independientes por obra de los duques y maestros de los soldados; hicieron hereditarias las dignidades, porque eran generalmente concedidas en razon de la riqueza.

Pero empeoró la administracion, atendido que los prefectos de las provincias, en vez de ser delegados por el Senado, como en tiempo de los godos, venian de Constantinopla. Como eran gentes que habian comprado su empleo, querian reembolsar

(12) Nov. 104, de *prat. Siciliae*.

sus gastos. Por eso un gobernador de Cerdeña, á quien se censuraba porque permitia sacrificar á los ídolos, respondió de este modo: «Tan caro me cuesta el empleo que, aun valiéndome de este recurso, no podré recuperar mis desembolsos.» Y el papa Gregorio esclama: «La maldad de los griegos hace más daño que la espada de los bárbaros: de suerte, que parecen más compasivos los enemigos que matan, que los jueces de la republica que oprimen con su perversidad, sus fraudes y sus rapiñas.»

Todavía vino á ser más deplorable la situacion de Italia cuando el débil y violento Justino II substituyó (568) al avaro Narsés con Longino, tan ignorante en el arte militar como extraño al conocimiento del país. Dicese que la emperatriz Sofia envió al avaro, pero valiente eunuco una rueca y un huso, diciéndole: «Vuelve á hilar con mis doncellas.» Menos generoso ó menos pusilánime que Belisario, respondió en esta forma: «Hilaré una trama de la que costará mucho trabajo al imperio desenredarse;» é invitó á los longobardos á bajar á una comarca en donde corren la leche y la miel y semejante á la cual Dios no ha criado ninguna. Pero Narsés, que murió dos años después que su soberano, no vió las nuevas ruinas que los bárbaros, á quien habia llamado, añadieron á aquellas con que estaba ya cubierta la Italia.

CAPÍTULO VIII

LOS LONGOBARDOS.

Tácito coloca á los longobardos, nacion intrépida y belicosa, junto al Rhin septentrional más al oeste que los suevos y los anglos (1), donde se encuentra la actual Westfalia. Pero quizá aquellos no eran más que una de sus tribus, que después de vencida, se confundió con los sajones; pues aquellos por quienes fué conquistada la Italia, segun sus tradiciones nacionales, habian salido de la Escandinavia (2) bajo las órdenes de la valquiria Gambara y de los jefes Ibor y Ayon. Adoraban á Freya y á Odín, y como todos los que seguian este culto, tenian una nobleza de origen divino. Daban el titulo de koningos á los que les habian mandado en más antiguos tiempos. El primero de sus jefes se llamaba Agelmundo (518); más tarde, bajo los adelingos (3) se apoderaron de la antigua

Rugia, ocupada por los hérulos (526). Audoino, su noveno rey, les estableció luego al Sur del Danubio en la Panonia, que parecia ser el punto de parada de todos los que se aprestaban á invadir la Italia. Ildelqui, hijo de Risiulfo, aspirando á reinar sobre los longobardos, pidió socorro á los gépidos, nacion sometida un momento á Atila, como las demás naciones de raza gótica, y que, habiéndose emancipado á su muerte, habia ocupado tierras en las cercanias del Danubio, cuando las abandonaron los godos para ir á defender la Italia contra Belisario. En la misma época un pretendiente al trono de los gépidos recurrió á Audoino (538); entendieronse, pues, entre si los dos reyes para matar recíprocamente al rival de ellos y sellaron su alianza con este mútuo delito.

No podia ser de larga duracion la paz entre dos pueblos igualmente soberbios, separados solo por el Teis; y los longobardos ayudaron á Justiniano contra los gépidos, cuando éste se negó á pagarles los subsidios pactados. Hallábanse, pues, en estado de hostilidad continua: y una parte de los acontecimientos de esta se conservó en los cantos nacionales, y aun quizá en un poema (4); y de ellos

(1) *Habitant Germaniam que circa Rhenum est, a parte septentrionali Brusacteri, Parvi appellati, et Sicambri, Oqueni, Longobardi... Interiora atque mediterranea maxime tenent Suevi, Angli... qui magis orientales sunt quam Longobardi... Longobardos paucitas nobilitat, quod plurimis et valentissimis nationibus cincti, non per obsequium sed præliis et periclitando tuti sunt.* TÁCITO.—*De mor. germ.* Después en la *Historia: Longobardorum opibus refectus* (Italo Flavio, rey de los queruscos bajo el reinado de Claudio) *per lata, per adversa res cheruscas afflictabat.* Todavía hay una orilla del Elba, llamada Longbord.

(2) Véase á Pablo Diácono, I, 2; y el Scald de Gotland canta:

*De flog Langharder indum derum land.
Der bleff ické leffrend en enist mand
Sra lodum de sig Langharder kallum
Pannonien bertriddum de ok med altum.*

(3) *König*, significa rey; y *Adelig*, noble. Así *All-boin*, el que todo lo gobierna; *Rose-mond* boca rosada; *Autrich*, antiguo señor; *Theud-linda*, benéfica con el pueblo; *Ogil-ulf*, socorro voluntario; *Rot-her*, señor de la paz; *Ar-preth*, rico de honor; *Gund-preth*, rico de benevolencia; *Chuni-*

preth, rico de valor; *Rad-wald*, pronto y poderoso; *Hildi-brand*, muy ardiente; *Rat-gis*, fuerte en el consejo; *Alist-hulf*, pronto en el socorro, etc.

(4) Pablo Warnefrido (*De gestis Longobardorum*), dice que las hazañas de Alboino eran celebradas no solo en los cantos de los bávaros y sajones, sino tambien en los de todos los pueblos que hablaban el mismo idioma.

Véanse asimismo:

PROCOPIO, *De bello gothico*, muy importante.
ANASTASIO BIBLIOTECARIO, *De vitis pontificum romanorum*.

GREGORIO MAGNO, *Epistolas y diálogos*.
GAILLARD, *Memoria histórica y crítica sobre los longo-*